

Víctor Ruiz Iriarte

Comentarios

Mascarada

Estruendosamente se celebra actualmente en Alemania un Congreso bajo el signo de la cruz nazi. De esa cruz equivocada que asemeja un símbolo de irrespeto al ser usada por gentes que se dicen católicas y sienten como única religión su vanidad ensoberbecida. Las fotografías que hemos contemplado de esa farsa parlamentaria dan idea cabal de la fantasía petulante que imprimen a sus actos políticos los hombres del fascismo alemán. El ex-dibujante de los bigotillos charlotescos no suele pensar en minucia de más o menos. Para él todo significa lo mismo: una voluntad consagrada al servicio de una seudocausa; no reconoce límites a su codicia por convertirse en adorado; todo, gracias a su extraordinaria fanfarronería. Hitler ha conseguido todo lo que se proponía. Para algunos, cuando la estimación de los demás no puede ganarse por los propios méritos, se consigue merced a la incultura de los otros. Y el fascismo es por excelencia el credo de los oscurecidos. La rebeldía espiritual es la segunda vida del hombre. Quien no sienta impulso por elevarse, puede afirmar que no es nada; que no vive. El fascio, como el comunismo ruso, no representan otra teoría que el conjunto de incapacitados que consideran sus actividades, bastante bien empleadas, en seguir el rumbo que otros comenzaron. La escasa iniciativa se conforma con poco. Y esta escasez de ambición suelen aprovecharla, ya que no el inteligente, el audaz. Lenin, Mussolini y, sobre todos, el canciller alemán. Hitler ha convocado un Congreso. ¿Cómo sustitución al incendiado Reichstag? Se ha habilitado un local caricaturescamente decorado, en el cual unos cuantos polichinelas uniformemente vestidos corearán con sus votos la única voluntad que existe entre ellos. Parece que el jefe nazi pretende demostrar a la opinión mundial el imperio moral y material que ejerce sobre el pueblo alemán. Materialmente nadie se lo puede discutir. Probablemente la moralidad no sepa en qué convertirse. Pero cuesta trabajo creer que la masa pueda llegar a ciertos grados de mansedumbre espiritual y agotamiento de la propia iniciativa para consentir la encumbración del absurdo por medio de la indiferencia, que puede confundirse con el consentimiento.